

# **ENTREVISTA**

## **A LUIS ALFONSO ALVARADO**

### **SOBRE POLÍTICA**

P.G. Usted ha sido ministro de Justicia. Desde su retiro de la política activa ¿cómo ve ésta quien ha sido un hombre público importante en las últimas décadas?

LAA. Ciertamente, he dejado ya la política activa, el escenario y las primeras filas de butacas. Pero ahí estoy todavía en el gallinero para aplaudir y gritar la obra y a sus actores. Siendo niño escuchaba silbar en los cines, pero las personas en la pantalla no se inmutaban. El villano seguía siendo villano. Yo aspiro al menos a que mi voz sea escuchada.

PG. ¿No deberían los políticos viejos dejar paso a los jóvenes, quedarse al margen?

LAA.- El viejo político, como cualquier persona, tiene libertad para opinar y más con su experiencia. Otra cosa es que su posible influencia se traduzca en maniobras para ser político activo en lugar del político activo. Cada palo debe aguantar su vela y yo he dejado el timón, no mi libertad de pensamiento.

PG. ¿Qué es para usted la política?

LAA.- Personalmente nunca he sentido eso que llaman la “erótica del poder”. El gobierno solamente me interesa para realizar en la sociedad la idea que yo, y digo yo, tengo de lo que debe ser una sociedad. Sí, esto es una vocación, pero observe que no hablo del

interés general, el bien común, etc. Cada hombre tiene su modelo de sociedad ideal y ello permite que exista el diálogo, la confrontación, el compromiso. En suma, la democracia. Eso del interés general me parece aquello de la “voluntad general” de Rousseau y que filósofos como Russell consideran más cercana a los totalitarismos que a la democracia.

P.G. En la medida en que cada gobierno influye de un modo u otro en la vida de la gente, la política tiene siempre un cierto intervencionismo estatal, es algo socialista.

LAA. La política suele consistir en pretender que los autobuses pasen por nuestra calle y, de ser posible, las paradas coincidan con el portal de nuestra finca. O sea, poner los recursos públicos al servicio de los intereses privados. Claro está que todos pretenden hacer lo mismo y de aquí surgen los grupos de presión, los partidos políticos en la democracia, los nepotismos, etc.

P. G. ¿Y en el comunismo los recursos públicos están al servicio de los intereses públicos?

LAA. Cuando todo es de todos, resulta que nada es de nadie. Esto es maravilloso en un comunismo cristiano. Solamente que ese comunismo cristiano no ha existido nunca en la historia, y dudo que se diese incluso de una manera generalizada en la Iglesia primitiva. La naturaleza humana es tan constante como la temperatura del cuerpo y las fiebres de altruismo no duran eternamente.

P.G. ¿Qué son para usted la izquierda y la derecha?

LAA. Esa terminología consagrada es relativa, movediza. Como ya sabe, el tercer estado del que habla Sieyes es la burguesía, y ésta en el siglo XVIII se sienta a la izquierda del rey. Son los “progres”,

los avanzados de la época. Pero un siglo más tarde la burguesía se hace ya conservadora, son los “carcas”, los nuevos ricos que buscan casar a sus hijas con los hijos de nobles arruinados. Dinero y títulos se maridan. El “snob” es la anotación de “s.nob.”, sin nobleza. El esnobismo es la imitación del aristócrata, el noble de cuna.

P.G. Yo no quería hablar en una perspectiva histórica sino actual. Vuelvo a preguntarle: ¿qué son la izquierda y la derecha?

LAA. Bien, todos queremos la mayor libertad posible y al mismo tiempo la máxima justicia social que pueda existir. Sin embargo, hay muchas ocasiones en las que ambas se oponen. Es preciso sacrificar algo de libertad a cambio de más justicia o, al contrario, querer más libertad a costa de menos justicia. Ambas, pero en diversa proporción. En la práctica no puede existir la mitad de la una y la mitad de la otra. Siempre hay que inclinarse con cierto grado entre las dos posiciones.

P.G. ¿Podría darme algunos ejemplos?

LAA. Una derecha “pura” diría: “yo he ganado esto honestamente en el libre mercado y lo que el libre mercado me dé, san Pedro me lo bendiga”. ¿Por qué debo alimentar a los que no producen nada para mí? La izquierda de raíces cristianas recordaría aquello de “¿qué has hecho con tu hermano?” mientras que la izquierda clásica “pura” se apropiaría del dinero de los particulares para gastarlo colectivamente. Ciertamente esto no es buen incentivo para fomentar el trabajo personal si el fruto del esfuerzo se lo lleva el Estado, esa idea abstracta que gasta los impuestos a su antojo.

P. G. En suma, siempre hay que cojear de un pie, ¿no?

LAA. No se puede cojear de los dos. El centro, si no es la voluntad de rehuir el fanatismo, no es sino un eufemismo político. Usted se acordará de la mala conciencia de la derecha en la transición. Claro está que un extremismo centrista no deja de ser también un extremismo. De ahí la necesidad de partidos bisagra capaces de decantarse en favor de unos u otros según las circunstancias. O sea, lograr eso tan importante en la acción de gobierno que se llama estabilidad.

P.G. El Estado, lo “público”, ¿malgasta por naturaleza?

LAA. Sin duda es más fácil cuidar una maceta en la casa que un jardín público. En casa las colillas se tiran al cenicero, en la calle al suelo. Cada hombre es como Antón Pirulero, cada cual atiende su juego. La “res pública” solamente funciona cuando existe una conciencia de lo público. Cuando hay millones de sardinillas y centenas de ballenas dispuestas a defraudar al fisco la nave del Estado puede hacer aguas.

P.G. ¿No se debe esto a una falta de confianza en nuestros gobernantes?

LAA. Y también a una falta de cultura política que bebe de nuestra tradición literaria picaresca y del refrán “piensa mal y acertarás”. Creo que Voltaire planteaba la siguiente pregunta: si con sólo la mente pudiésemos hacer desaparecer a un enemigo de manera que nadie se enterase ¿cuántos se resistirían? Dejemos lo de matar, que es cosa fea. Pero ¿si pudiésemos vaciar la caja fuerte de un banco sin que nadie nos acusara nunca? Cada cual se responda a sí mismo. La cuestión es: ¿seré yo tan tonto para ser el único honesto entre deshonestos?

P.G. En suma, un Estado mínimo, reducido a funciones básicas como policía y ejército, disminuiría la tentación y la comisión de

delitos de corrupción.

LAA. No creo que éste sea el argumento principal del liberalismo económico. De nada sirve no poder robar cuando hay poco para robar. Economistas neoliberales como Hayek afirman que el libre mercado sin regular es más eficaz siempre que la intervención gubernamental. Crea la riqueza. Esto es la versión moderna del *laissez faire*, “dejad pasar”. Las cosas van bien solas sin que meta la nariz el gobierno.

P.G. Es la clásica idea de la “mano invisible” de Adam Smith. ¿cree usted en dicha metáfora?

LAA. Como dice el mal poeta Campoamor, “nada es verdad ni es mentira”, y le ahorro el resto de los ripios. Pronto quedo claro que esa “mano invisible” siempre daba un bofetón a los mismos. Y los obreros se cansaron de poner la otra mejilla. El Estado no puede ser papá, pero tampoco padrastro.

P.G. De modo que debe encontrarse un punto intermedio entre la seguridad absoluta de “la cuna a la sepultura” y la desprotección total del “allá te las apañes”.

LAA. Esta es la división entre un Estado socialista y un Estado capitalista. Ahora bien, los países europeos somos economías sociales de mercado. Ni carne ni pescado. Otra vez nos encontramos aquí un hecho esencial: la izquierda y la derecha se oponen y se complementan. En el café con leche podemos poner más café que leche o más leche que café.

P.G. Una vez más la diversa dosis entre libertad y justicia de la que hablamos antes.

LAA. He mencionado al premio Nobel Hayek, En *Camino de*

*servidumbre* dice una metáfora que expresa claramente la actitud neoliberal. Supongamos que derribamos las cumbres de todas las grandes cordilleras. La altura media de la superficie apenas crece unos centímetros. ¿Consecuencia? De nada sirve un impuesto a las grandes fortunas. La sociedad apenas sale ganando. Sin embargo, la metáfora me parece equivocada.

P.D. ¿Tiene usted otra?

LAA. Yo no tengo pico y pala para derribar las cimas, pero la metáfora sí tiene pies de barro para hacerla caer. Algo más de una década antes, Tawney, el economista inspirador del socialismo fabiano inglés, el de Bernard Shaw y el matrimonio Webb, expone en su libro "Igualdad" la siguiente idea: no se trata de repartir todos los libros entre toda la población. Apenas tocaría un par y unas páginas sueltas. Tampoco debe distribuirse el presupuesto de sanidad entre todos individualmente. A cada uno le tocaría una inyección, una gasa y un bote de pastillas.

P.G. ¿Y entonces?

LAA. Pues bien, aquí sucede lo mismo que con el sistema bancario. Un banco quiebra si todos sus clientes pretenden retirar su dinero al mismo tiempo. De la misma manera no se enferma simultáneamente toda la población y todos no reclaman un mismo libro el mismo día. Pero es posible que la comunidad use unos recursos públicos, colectivos: educación, sanidad, etc. Esto hoy nadie lo discute, ni la derecha conservadora. La tierra de las cumbres no se reparte entre toda la superficie del planeta sino que rellena solamente las zanjas de la injusticia, los hoyos de pobreza.

P.G. Los servicios públicos exigen impuestos y éstos no son nunca muy populares.

LAA. Evidentemente, los primeros en rechazarlos son los ricos, a los que se exige contribuir más que nadie. Expolio o confiscación son las primeras palabras que acuden a su boca. Pero tampoco agradan a las clases medias, que sospechan dar más al erario de lo que reciben de éste. Y es lógico que deba ser así. Solamente las clases más humildes tienen conciencia de recibir la ayuda de la sociedad.

P.G. La palabra “contribuyente” sugiere un pago voluntario, lo cual no sucede en un “impuesto”. ¿Es una forma de eufemismo? ¿Aportamos libremente para sufragar las necesidades colectivas?

LAA. Cierto, a nadie le gusta pagar a Hacienda, y menos si no percibe el beneficio de ese dinero de una manera tan inmediata como el gasto privado. Yo sé lo que me gasto en un café, pero no sé a cuánto me sale cada flor de un jardín municipal. Sin embargo, la cuestión no es siempre tan sencilla.

P.G. ¿Qué quiere decir?

LAA. Hay cosas necesarias que nadie pagaría voluntariamente si no fuese impuesto por los gobiernos. ¿Quién desea que su dinero vaya a comprar nuevos aviones, tecnología militar más sofisticada, etc.? En el dilema cañones o mantequilla muchos querrían tirachinas para tener más mantequilla. Sin embargo, las naciones más ricas deben tener un poder militar mayor. ¿Usted cree que los intereses económicos de los Estados Unidos serían respetados si tuvieran un ejército comparable a Burkina Faso? En el fatídico 98 los norteamericanos mandaron a pique nuestros barquitos sólo con un soplido. Por otra parte, no olvidemos que la industria militar es un poderoso motor de la economía. El hombre es una contradicción andante. La industria de la muerte hace posible que muchos se ganen la vida.

P.G. Esto es algo que no considera el ingenuo pacifismo.

LAA. Yo no creo en la máxima clásica de que si quieres la paz debes preparar la guerra. Ahora bien, tampoco debemos caer en el ingenuo optimismo panglossiano que un andaluz expresaría con el “to er mundo e bueno”. Si Europa hubiese puesto la otra mejilla Stalin habría llegado hasta Algeciras.

P.G. Usted, que ha sido ministro de Justicia, sabe que esta entrevista debe ajustarse a unos tiempos. Muchas gracias por su atención.

Pablo Galindo Arlés  
11 de agosto de 2019